

## LA DEHESA DE LOS AHORCADOS

Los cascos de los caballos retumbaban sordamente sobre el duro camino de tierra. Tres caballeros corrían y fustigaban con fuerza a las monturas, llevaban prisa. No se veía bien pues la niebla aún estaba dejando girones y retazos entre las dehesas y la humedad calaba los gruesos mantos de los jinetes. Amanecía.

Abría la marcha un joven de tez rasurada y aspecto palaciego, llevaba el embozo hasta los ojos y un casco de hierro con refuerzos de cuero, en medio iba un caballero de edad mediana, también embozado y con un casco mayor y más elaborado, lucía barba negra, corta y rizada y una mirada decidida, el último era más grueso y con cara ancha, la barba más llena y el casco más pequeño. Las monturas eran buenas y ágiles, los tres hombres iban armados con espada, el de primero llevaba además maza y el último una ballesta.

Iban aproximándose a la villa de Trujillo y el terreno se hacía más escarpado y el dehesar más espeso. La villa estaba siendo conquistada a los almohades por Fernando III de Castilla, era finales de enero de 1232, y según se acercaban podían oler el humo y casi escuchar el fragor de la batalla. Todavía no divisaban el castillo pues estaban en una hondonada.

Entre la niebla pudieron ver unos bultos informes en unas dehesas de la parte izquierda del camino, frenaron la marcha y se aproximaron, eran cuatro ahorcados, los cuatro hombres, uno aún agonizaba y giraba sobre sí mismo, con la mirada extraviada y la cara hinchada y lívida...

–Enrico –dijo el caballero del centro–, corta la cuerda de ese desgraciado, que tal vez se salve.

Enrico se acercó al ahorcado y cuando iba a cortar la soga vio el tronco de la dehesa marcado a cuchillo con un aspa y una tosca corona, era el signo del rey Fernando III.

–Mi señor, tiene la marca del rey, éstos son ajusticiados por el verdugo oficial y es mejor no tocarlos.

El caballero, Ivo de Ayala, se acercó y comprobó la marca, era verdad.

–Bueno, sí, es mejor no cortarla, pero no aguanto hacer sufrir por sufrir, habrán merecido la muerte pero no tan lenta, así que métele el puñal, acorta su agonía y ¡vámonos!

Enrico obedeció, sacó un fino puñal italiano y buscó entre las costillas el lugar del corazón. ¡Zas! La agonía acabó al instante y el pobre desgraciado dejó de patear.

Ya volvían grupas para regresar al camino cuando oyeron sollozos y movimientos entre la jara cercana a las dehesas. Se pusieron inmediatamente en guardia.

–Román, carga la ballesta, Enrico saca la espada –mandó Ivo.

Así preparados se acercaron hasta el lugar del ruido, no podían ver entre la jara y la niebla así que Román desmontó y sin dejar de apuntar con la ballesta se acercó al origen del ruido. Con la misma ballesta apartó la jara y descubrieron un cuerpo tumbado y envuelto en una manta, una gruesa soga lo ataba de arriba abajo y no se veía al preso.

Román siguió apuntando mientras Enrico descabalgó y con la punta de la espada se puso a cortar la cuerda. Luego con mucho cuidado y sin perder tiempo tiró de la manta con rapidez y salió

rodando un cuerpo que inmediatamente identificaron como femenino.

Era una mujer de no más de 20 años, estaba golpeada y con la cara manchada de sangre, la blusa desgarrada dejaba ver por entero los senos y una enagua rota cubría su parte inferior. Estaba apenas consciente y lloraba.

Ivo descabalgó y recostó a la mujer contra la dehesa, tomó la manta y se la puso a modo de capa y con el ceñidor de su propio manto la aseguró para que no dejara ver los pechos.

Ivo estuvo meditando unos segundos, la rapidez era fundamental para su misión y cargar con la mujer les iba a retrasar... Sin embargo no era propio de caballero cristiano dejar a esa pobre dama allí. Así que mandó que Román la cargara en su caballo y montaron los tres siguiendo el camino a Trujillo, ahora más lentamente por el caballo lastrado.

De pronto, al llegar a un recodo del camino oyeron el ruido de cascos y armas, se echaron rápidamente a un lado, ocultándose parcialmente entre las dehesas. Al momento apareció una partida de 12 guerreros árabes que iban en dirección contraria a Trujillo, todo hacía ver que huían del campo de batalla.

Ivo hizo señas de silencio pero Román no pudo resistir y disparó su ballesta al último jinete. El virote zumbó como un abejorro y atravesó el cuello del moro que cayó del caballo sin poder gritar siquiera; el compañero más cercano dio la voz de alarma pero en vez de volver grupas y presentar batalla lo que hicieron fue espolear más las monturas, estaban en franca retirada.

Ivo se volvió a Román, enfadado le dijo:

–Mira Román, un día tu ballesta nos cuesta la vida, como sigas desobedeciendo y siendo tan impulsivo te acabaré

echando con nada en la bolsa y la espalda cruzada a garrotazos...<sup>1</sup>

Román agachó la cabeza y simuló arrepentimiento:

–Lo sé, lo sé, es que se me ha escapado el dedo, ¿reviso al moro?, no vaya a ser que lleve información...

–¡Ve, anda, ve! Y tú, Enrico, acompaña a este gordo que entiende más de bolsas de dineros que de pergaminos y letras.

Los dos escuderos fueron hasta el cuerpo caído, con rapidez y destreza vaciaron todo lo que llevaba encima; una bolsita con cuatro monedas de oro, un fino puñal damasquinado, un pañuelo bellamente tejido... y cercano al corazón, atado con correas al torso, una pequeña talega de cuero rojo con unas letras árabes estampadas al fuego: الله.

Llevaron todo a Ivo, éste les dio el oro y el puñal, el pañuelo lo puso en torno a la cabeza de la mujer que seguía desmayada y la talega se la metió en el pecho.

–Enrico, coge el caballo del moro –dijo Ivo.

El italiano Enrico corrió y trajo la montura, con la ayuda de Román subieron el cuerpo de la mujer y lo ataron al caballo como si fuera un saco, no había otra manera...

Luego el grupo siguió camino a Trujillo, iban todos ojo avizor pues la batalla –suponían– continuaba y podían encontrarse con más enemigos no tan fáciles de vencer.

La batalla en Trujillo tocaba a su fin, la victoria de las tropas cristianas dirigidas por el obispo de Plasencia, don Domingo y con la ayuda de las órdenes militares de Santiago y de Alcántara,

---

<sup>1</sup> La ballesta, empieza a ser usada en Europa en el S. X, y cambió en muy poco tiempo el arte de la guerra: cualquiera podía matar a larga distancia, con precisión y fuerza como un consumado guerrero. Esto resultó tan nuevo y amenazador que incluso dio pie a una bula papal, donde se prevenía a la cristiandad contra su uso por “el peligro que representaba para la humanidad un arma semejante”.

era absoluta. Todos ellos estaban bajo mando del rey Fernando III, que estaba en el castillo de Montánchez planificando el siguiente paso en la amplia reconquista que estaba realizando.

El señor Ivo de Ayala, Román y Enrico ya veían la villa y el castillo de Trujillo, el ruido de armas no sonaba y sobre la torre del homenaje ondeaba la enseña de Fernando III de Castilla.

–¡Hurra!, muchachos, ¡hurra!, loado sea el Señor, Sant Yago nos acompaña, nuestro rey ha vencido, Trujillo es nuestra. ¡Venga!, más brío, espuela fuerte que tenemos que llegar cuanto antes.

Así, a pleno galope llegaron al campamento de asedio cristiano, ubicado a unos cientos de metros de las murallas. En el campamento estaba solamente un retén, pues todos los soldados estaban en la villa y el castillo; reduciendo pequeños grupos de resistencia y tomando posesión de lo recién ganado.

–¡Alto, quién vive! –gritó el centinela.

Pararon las monturas e Ivo le dijo:

–Soy el señor de Ayala, capitán de nuestro rey Fernando, toma, y le entregó una credencial escrita en pergamino... El centinela que no sabía leer vio el sello de lacre con el escudo del rey.

–Adelante capitán, los maestros y capitanes acompañan al reverendísimo don Domingo, acaban de hacer su entrada y están ya en el castillo. Subid por la parte oeste que ya está libre el paso y no quedan escaramuzas.

–¿Y el rey? –preguntó Ivo.

–El rey está en Montánchez, vendrá mañana, ya han partido los emisarios.

–Bueno, soldado, te encomiendo esta mujer, la hemos rescatado en una dehesa cercana, no sabemos quién es, atiéndela

bien, ponla en un camastro en la tienda de los enfermos y mira que le reconozca algún físico y tome algún alimento si recupera el ánimo, mañana vendré a verla y te recompensaré. Y ahora, ya vale de charla, ¡con Dios, soldado!

Y comenzaron la subida al castillo. Ivo meditaba, debía ver cuanto antes al rey pero ya no cabía más que esperar a mañana. La encomienda que traía era importante y el viaje había sido tremendamente largo, sin apenas descanso así que mejor era estar allí el resto del día, dormir a cobijo y mañana descansado recibir al rey y pedir su audiencia.

Apenas dos horas antes había entrado de forma oficial el señor obispo bajo palio y acompañado de los cuatro Maestres: de Alcántara, Santiago, hospitalarios y templarios junto a los héroes de la batalla, Fernán Ruiz; y los capitanes de las familias Añasco, Bejarano y Altamirano, principales clanes de poder de Trujillo.

Ivo junto a sus dos escuderos fue subiendo hacia el castillo, por todas partes había partidas de soldados dedicados al pillaje, entraban y salían de casas, patios y palacios cargados de abundante botín y más de uno con mujer mora o judía agarrada por los pelos para llevarla al campamento. Un grupo, ya ebrio cerro el paso a la comitiva, Ivo desenvainó la espada y gritó con voz fuerte.

—¡Paso al capitán Ayala, bellacos!

El grupo recobró un poco la razón y se apartó a toda prisa pues la espada de Ivo hacía molinetes y fintas a ambos lados...

Por fin llegaron al portón del castillo, estaba hecho añicos y parcialmente quemado, aún humeaba. Allí había un retén, Ivo se dio a conocer y pasaron raudos hasta la torre del homenaje.

Vieron como varios grupos de soldados estaban poniendo orden en el patio del castillo, unos recogían muertos cristianos para darles sepultura en breve, en un pequeño terreno cercano a

la muralla que acababa de ser bendecido como camposanto por el mismo obispo. Los cuerpos de los enemigos muertos eran arrojados al foso seco y allí eran prendidos fuego, el humo era pestilente. Otro grupo vigilaba estrechamente a una partida de soldados almohades que estaban fuertemente atados entre sí y dentro de un cercado de ganado. Más allá otra brigada desescombraba y apaga rescoldos mientras albañiles y carpinteros hacían cálculos para comenzar la reconstrucción cuanto antes. En una carpa recién levantada estaban los heridos cristianos y varios físicos y barberos ejercían la curación y cirugía necesaria, los gritos eran desgarradores y cada poco tiempo sacaban a un soldado, ya fallecido, para llevarlo al camposanto.

No era la primera vez que veían todo aquello y el efecto no les impresionó, así que siguieron derechos hacia la torre. Antes de entrar tuvieron que identificarse de nuevo ante otro grupo de guardia, en realidad toda precaución era poca pues la batalla acababa de finalizar y aún podía suceder cualquier contratiempo.

Ivo, acompañado de sus escuderos subió a grandes zancadas por la escalera de piedra hasta llegar a la planta noble, una vez allí se abrió paso con decisión hasta el grupo central donde estaba el obispo don Domingo rodeado de los maestros y frailes militares y los capitanes. No podía romper la muralla de cuerpos y menos con violencia, así que dijo a grandes voces:

—¡Eminencia, eminencia!, aquí está el capitán del rey, Señor de Ayala, con encomienda urgente del Santo Padre Gregorio IX para su majestad.

—Dejad pasad al capitán, ¡abrid paso! —contestó el obispo—. ¿Qué me requerís capitán?

—Eminencia reverendísima —dijo Ivo—, mañana llega el rey, tengo que ser el primero en hablar con él después de vos. Hace ya casi cuatro meses que salí camino de Roma por orden directa suya y está esperando mis noticias. Acabo de llegar y

necesito descanso y tranquilidad para redactar mi informe, en el camino no me he atrevido y la carta que traigo del Santo padre solo expone la mitad de lo que quiere decir a su majestad, la otra mitad la traigo yo en la cabeza. Toda precaución es poca, los enemigos son muchos y diversos y no era recomendable traerlo todo por escrito.

–Bien, hijo, bien, acompaña a mi secretario, don Miguel Lara, él se encargará de acomodarte en una buena casa de las que acabamos de conquistar, así como de proveerte de alimento y todo lo necesario para el descanso. Mañana a las nueve celebraremos la santa Misa en acción de gracias por la batalla, no faltes pues es mucho lo que tenemos que agradecer al Señor, y luego esperamos al rey a las doce del mediodía, estate en este salón a las once pues me acompañarás a recibirlo.

–Así será, pero..., mi señor, ¿se me olvidaba! Llegando a Trujillo he encontrado una mujer maniatada y malherida, la he dejado en el campamento de asedio, me gustaría que me prestárais un físico para reconocerla.

–Bien, sea, vete a la carpa de los heridos y dile al barbero Mester Comino que te acompañe, es bueno pero no tiene ánimo para los heridos de guerra y se trastorna y desfallece cada poco, así que mejor será que atienda a la mujer, luego que ayude a la población civil en sus cuitas, decidle que yo lo ordeno.

–Gracias, eminencia –Ivo besó el anillo episcopal y en compañía del secretario salió de la estancia.

Mientras recorrían la población Miguel Lara, el secretario del obispo, fue poniendo en antecedentes a Ivo sobre la batalla: había sido encarnizada y apenas habían hecho prisioneros pues todos los heridos del otro bando habían sido rematados, el ejército estaba inmerso en una amplia guerra de reconquista que

Fernando III había iniciado tras lograr la unión de sus reinos de León y Castilla, gracias a una hábil labor diplomática que desembocó en una reunión entre dos princesas, Teresa de Portugal y Berenguela de Castilla, madre de Fernando, se firmó el *Tratado de Valencia de don Juan*, en el que se declara la inviabilidad del testamento de Alfonso IX y el traspaso de la corona de León a Fernando, a cambio de una compensación a las hijas de Alfonso IX: Dulce y Sancha. Con la fuerza de la unión de los dos reinos Fernando III comenzará la guerra contra los almohades y conquistará prácticamente toda Extremadura y gran parte de Andalucía, el Levante y Murcia. Esto hizo que al final de su reinado ostentara los títulos de Rey de Castilla, Toledo, León, Galicia, Sevilla, Córdoba, Murcia y Jaén.

Mientras seguían charlando iban viendo diferentes casas hasta que Ivo dijo al secretario del obispo:

–Don Miguel, esa de ahí me gusta.

–Vamos allá –contestó el secretario.

Penetraron en una hermosa mansión que estaba cercana al mercado moro, por un poco de lengua árabe que sabía, el secretario pudo entender lo grabado en el zaguán, tras un versículo del Corán decía: “*Esta casa pertenece al jeque Ib Saim Yusuf, bendecido por el Profeta y gobernador del comercio lanar*”.

–Buena casa será, ya que el propietario tenía que ser rico a la fuerza –dijo don Miguel. Ahora, se dirigió a los escuderos–, Román y Enrico, revisemos todo que si no ha sido saqueada en exceso quedarán alimentos y mantas para que paséis esta noche.

Los cuatro se pusieron a revisar toda la mansión, estaba muy desordenada por el pillaje y faltaban todos los ornamentos pero

quedaban los muebles. Así que se dirigieron a la cocina, allí no quedaba nada, tampoco en las alacenas que estaban abiertas y vacías. Comenzaron a buscar la bodega, allí podía haber algo para alimentarse...

Tras mucho buscar, disimulada bajo una enorme y pesada mesa de madera con una losa encimera de mármol, vieron la trampilla que los soldados cristianos, en su rápido saqueo, no habían encontrado. Corrieron la pesada mesa y con precaución, con las armas en la mano, abrieron la trampilla.

Nada más abrirla zumbó una saeta que rozó la cara de Román, éste sin dudarle disparó su ballesta al agujero y se oyó un grito de dolor.

Ivo reaccionó y dijo:

–Enrico, saca los aparejos de hacer fuego y prende ese pellejo viejo que está en esa silla.

Tras un buen rato, con mucha maña y mucho esfuerzo, Enrico consiguió encender el pellejo reseco pero aún untado de pez, empezó a salir un humo negro, espeso y maloliente. De la bodega no se oía nada y no salía nadie, tal vez el herido o muerto por la ballesta de Román fuera el único ocupante.

–Vamos, trae el pellejo, que lo voy a tirar –dijo Ivo.

Dicho y hecho, esperaron unos minutos con la trampilla cerrada y enseguida empezaron a oír toses y gritos. De pronto sacudieron desde abajo la trampilla y empezaron a salir tres moros, tosiendo y medio cegados pero dando espadazos hacia todos los lados.

La tarea no fue difícil pues los cuatro cristianos estaban distanciados de la trampilla, así que Román mató al primero de un flechazo, Enrico arrojó su puñal al segundo dándole en pleno corazón (tenía bien tomada la medida desde niño...) y el Señor

de Ayala entró en liza con la espada con el tercero. Lucharon bravamente durante cinco minutos hasta que el moro trastabilló e Ivo de Ayala aprovechó para darle un tajo que le abrió el cráneo en dos.

–Bueno, bueno –dijo el secretario del obispo–, hemos luchado bien, ahora veamos lo que guarda la bodega...

–¿Qué hemos luchado bien? –comentó Román– ¡Si vuesa merced no ha movido un dedo!

–No, pero no he parado de rezar –dijo Miguel Lara a carcajadas.

–Antes –dijo Ivo–, revisad los cuerpos y sacarlos fuera, ya mandaremos luego que los lleven a quemar.

Los dos escuderos revisaron los tres cuerpos y fueron dejando encima de la mesa todas las pertenencias así como las armas. Después arrastraron los cuerpos y los depositaron en la calle, un poco más allá de la puerta de su nueva casa.

Enrico, cuchillo en mano bajó a la bodega, dio un vistazo y no halló ningún enemigo más...

–Podéis bajar, no hay nadie.

Bajaron, revisaron y vieron una enorme bodega con una gran cantidad de alimentos almacenados, sobre todo harina, legumbres y aceite de oliva. Al fondo tras una puerta se abría otra estancia, enorme, donde se almacenaban cantidad de balas de lana lavada y en bruto...

–Don Miguel –se dirigió Ivo al secretario–, apartaremos provisiones para nosotros, pero luego dad noticia de esta reserva de alimentos y de la lana para que pasen a buscarlos y se sumen a la intendencia del ejército.

–Así se hará –contestó sonriente el secretario.

Subió el grupo de nuevo a la cocina, Román y Enrico cargaban con alimentos y se pusieron de inmediato a trajinar en la cocina, encendiendo el fogón y comenzando a preparar la comida.

Ivo dijo al secretario del obispo:

–Se me olvidaba la mujer herida que dejé en el campamento, haga el favor de acompañarme hasta la carpa de los heridos y busquemos al barbero que nos indicó el señor obispo, luego nos acercaremos al campamento con él y dejaré cerrado este asunto.

–Perfecto, vamos allá –dijo Miguel.

–Señor –apuntó Román–, esta casa de moros no contiene vino ninguno, ¿podría ser que en el campamento os prestaran un pellejo bien lleno? Comer sin vino es mala cosa y va contra nuestra religión... ¡No vayamos a parecer infieles!

–¡Ay Román!, buena teología tienes tú, sigue preparando la comida y ordenad todo esto que si hay vino por algún sitio llegará hasta aquí.

Luego Miguel, el secretario, y el Señor de Ayala salieron camino del castillo en busca del barbero. Llegaron pronto y preguntaron por Mester Comino, el barbero salió de la carpa, era un hombre delgado, elegante, pero con la piel muy pálida y la mirada poco franca, estaba recubierto de sangre se le veía muy turbado por el trabajo que estaba realizando. Tal como dijo el obispo, estaba más hecho a realizar pequeñas sangrías en las casas nobles que a amputar miembros, coser heridas de hachazos y arrancar saetas... Los moribundos le espantaban y el olor de los vómitos, de la sangre en abundancia, junto con los gritos y ayes de dolor le estaban volviendo loco. Le explicaron su misión y el permiso del obispo para ello, el barbero se alegró muchísimo por dejar la tienda de los heridos.

–Dejad que me lave y me cambie de camisa y al momento os acompañaré con rapidez para atender a la mujer.

–De acuerdo, mientras tanto iré a dar parte a un oficial de intendencia de la bodega de la casa –dijo el secretario a Ivo.

Quince minutos después, informada la intendencia y aseado el barbero, se dirigieron hacia el campamento de asedio que estaba fuera de los límites de la villa.

Al llegar seguían pocos soldados y entraron sin problemas. Ivo preguntó por la tienda donde hace pocas horas había dejado a la mujer, le indicaron una bastante grande que estaba en un lateral del campamento y que solía servir calabozo para los revoltosos.

Penetraron los tres en la tienda, la mujer estaba acostada, consciente, tenía al lado del catre una mesilla con un cacharro de barro vacío, parece que había tomado un caldo y estaba más reanimada aunque seguía sin asear y la sangre y el barro manchaban su cara.

–Señora, soy Ivo de Ayala, capitán de su majestad el rey Fernando. Viniendo hacia Trujillo di con vos, atada y ocultada entre la jara de la dehesa... Os traje aquí y ahora vengo con el barbero para que os cure esas heridas.

–Señor capitán, ¡gracias, mil gracias! Me llamo María Concepción de Ángelo, provengo de Constantinopla, de la familia de Isaac II Ángelo, emperador de Constantinopla y padre de su majestad doña Beatriz de Suabia, esposa de su majestad el rey, y ejerzo de dama de compañía en la corte.

Anteayer salí por los jardines del castillo de Montánchez, donde acompañaba a sus majestades, y sin saber cómo recibí un fuerte golpe y nada más he sabido hasta ahora...

–¡Santo Dios!, hay que informar rápido al señor obispo y trasladaros cuanto antes a un mejor aposento –dijo Ivo.

–No os preocupéis por eso, luego, luego –comentó doña Concepción–, ahora es mejor que me vea el barbero y me haga una cura cuanto antes, luego subiremos a otra estancia. ¿Dónde estamos?

–Estamos en Trujillo, señora. Acaba de ser tomada la villa y el castillo por nuestras tropas.

–¡En Trujillo! ¿Qué me habrá pasado en estos días? ¿En manos de quién he estado? ¡Ay...!

–Calmaos, señora que ya estáis en buenas manos, señor Mester Comino, proceda a hacer la cura –dijo Ivo.

El secretario dijo:

–Debemos informar inmediatamente a su eminencia don Domingo, esto es importante y no puede demorarse.

–Id vos, yo me quedo con la señora hasta que vengáis para trasladarle hasta el castillo.

Se fue apresuradamente el secretario y el barbero comenzó su reconocimiento. Aprecio magulladuras y un pequeño corte en la cara, una costilla posiblemente rota y marcas amoratadas por todo el cuerpo debido a las ataduras.

–Don Ivo, tengo que mandar llamar a Juana, la comadrona, ella me ayuda cuando hay que atender a mujeres, el recato no me permite ver más allá de la cara y hay que vendar el torso como mínimo.

Ivo salió de la tienda y dio una voz al soldado más próximo, le mandó que fuera a la carpa de los heridos en el castillo, allí –según había dicho el barbero Comino– estaba la comadrona ayudando.

El soldado corrió a hacer el encargo y el capitán Ayala regresó a la tienda de la herida. Allí el barbero ya había lavado la cara y las manos y pies de la señora y le aplicaba ungüentos,

además estaba preparando una infusión con hierbas calmantes que hicieran descansar y tranquilizar el ánimo un poco exaltado de la mujer.

Al poco llegó corriendo Juana la comadrona, la hicieron pasar y los dos hombres abandonaron la tienda.

Juana desvistió a doña Elvira y realizó un vendaje en el torso, mirando que la costilla magullada o rota quedara bien sujeta. Cuando se iba a ir la señora habló.

–Buena mujer, gracias, necesito aún de vuestros servicios, he pasado dos días en compañía de mala gente y desmayada, no sé qué ha pasado, ni si mi honra y virtud siguen intactas, ¿queréis explorarme?

–Ahora mismo señora. Desde joven estoy atendiendo mujeres y parturientas y algo sé del asunto.

Se puso a la tarea y tras mucho mirar y enredar, pues la paciente no se estaba quieta, pudo concluir que el virgo estaba entero.

–Señora, vuestra honra está intacta y no tenéis nada que temer por ese asunto.

Doña Elvira de Ángelo suspiró de alegría y se dejó llevar por el sueño inducido por la infusión del barbero Comino.

Al rato llegó una comitiva enviada por el obispo y comandada por el secretario Miguel Lara, llevaba una litera de mano cubierta y allí pusieron a la mujer y la llevaron raudos al castillo para alojarla en la habitación del obispo, este la había cedido a la pariente de sus majestades y había cogido la habitación de su secretario, el cual a su vez había cogido la de su amanuense, y así sucesivamente hasta llegar al último escribiente que tuvo que dormir en el suelo al pie de la chimenea, refunfuñó el criado:

¡anda, que cualquier cosa que pasa al grande y poderoso acaba pagándola el humilde y débil!

Ivo de Ayala, acompañado por el secretario Miguel de Lara regresó a su casa, allí estaban sus dos escuderos haciendo como que esperaban para cenar aunque ya habían tomado un enorme plato de lentejas con tasajo y bacalao seco... Eso sí, sin vino.

Entraron en la casa y el capitán Ayala dijo:

—¡Román, toma!

Y sacó una bota de vino que se había agenciado en el campamento, luego todos se pusieron a comer las lentejas, el tasajo y el bacalao seco, bebiendo mucho y acabando con el contenido de la bota.

Miguel, el secretario, se marchó a dormir al castillo y los dos escuderos se acostaron.

Ivo de Ayala, venciendo el sopor de la cena y el vino, sacó de la alforja pergamino y útiles de escribir y se dispuso a hacer el informe para el rey.

Comenzó cuando hacía ya más de tres meses, el rey le encargó ir hasta Roma a visitar al papa Gregorio IX.